



RECONCILIADOS

(Que trata de las muy variadas conexiones de la diáspora sefardí de las Europas y las Américas a mediados del siglo XVII y de cómo se establecieron en Londres)

Miguel Ángel Ortega Machín

RECONCILIADOS

(Que trata de las muy variadas conexiones de la diáspora sefardí de las Europas y las Américas a mediados del siglo XVII y de cómo se establecieron en Londres)



Primera edición: marzo 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Ángel Ortega Machín

ISBN: 979-13-87612-82-5

ISBN digital: 979-13-87612-83-2

Depósito legal: M-7128-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Valeria y Santiago, mis hijos.

Siempre me pareció falso el nombre que nos han dado: emigrantes. Pero emigración significa éxodo. Y nosotros no hemos salido voluntariamente eligiendo otro país. No inmigramos a otro país para en él establecernos, mejor si es para siempre. Nosotros hemos huido. Expulsados somos, desterrados. Y no es hogar, es exilio el país que nos acoge. Inquietos estamos, si podemos junto a las fronteras, esperando el día de la vuelta, a cada recién llegado, febriles, preguntando, no olvidando nada, a nada renunciando, no perdonando nada de lo que ocurrió, no perdonando. ¡Ah, no nos engaña la quietud del Sund! Llegan gritos hasta nuestros refugios. Nosotros mismos casi somos como rumores de crímenes que pasaron la frontera. Cada uno de los que vamos con los zapatos rotos entre la multitud la ignominia mostramos que hoy mancha nuestra tierra. Pero ninguno de nosotros se quedará aquí. La última palabra aún no ha sido dicha.

BERTOLT BRECHT

PRIMERA PARTE

Entre Texel y Ámsterdam, 1652

¡Hasta cuándo! Me quejo para mis adentros, pero eso sí, sin perder de vista los naipes que sostengo entre mis tensos dedos. Hará un par de días que se desató un tiempo endemoniado y desde entonces no para de llover, llueve intensamente y sopla un vientecillo frío, muy frío que se cuele al interior de este cochambroso hostel cercano al fondeadero de Teyer o Texel o como se llame este islote, donde un grupo de viajeros malhumorados e impacientes esperamos vanamente a que el tiempo mejore y podamos zarpar.

En el recinto, más largo que ancho y no muy alto, se reparten desordenadamente espaciosas mesas de tosca y pringosa madera. Los candiles acaso iluminan pobremente el sombrío espacio. El viento, por ráfagas, sacude las hojas de las ventanas que permanecen cerradas y su traqueteo es ensordecedor. Apenas al salir de Ámsterdam, mientras atravesábamos el Zuiderzee, el mal tiempo nos obligó a recalar aquí. Estamos en marzo de 1652. La bruma es tan densa que nos oculta la vista de la vecina costa de Den Helder. Nos advirtieron que no es un buen mes para navegar, y yo pregunto: ¿hay algún mes bueno para navegar por estos mares?

Los veo arrellanados unos contra otros en los largos y duros bancos, recostados lánguidamente sobre las mesas y, algunos pocos, caminando impacientes de aquí para allá, sin sentido, asomándose a cada rato por la puerta para comprobar que el temporal no remite.

En cambio, nosotros, una camarilla de imprevistos tahúres, sentados en torno a una desvencijada mesa, jugamos despreocupada-

mente a los naipes y bebemos un mal vino. En la partida estamos Pedro Rodríguez y yo, haciendo pareja, acompañados por otros dos ocasionales y alegres jugadores de ignorados nombres. Todos españoles. Jugamos animadamente, tan solo para pasar el rato, el pesado y mal rato de esta cansina espera. Me presento como Juan Pereira, y de mí puedo decir, sin faltar a la verdad, que acabo de pasar los cuarenta años, que soy más bien enjuto, de buena estatura y rostro alargado, dilatada nariz, barbinegro y con una voz ronca, de nacimiento y estirpe, con la que entretengo a mis colegas de mesa que atentamente escuchan mi cuento.

—Ah, pero lo mejor vino después, cuando llegó el marido —les anuncio, con semblante circunspecto.

Todos aguardan absortos a que complete el relato, pero me quedo en silencio, como he visto hacer a los actores para crear misterio, hasta que uno de ellos se cansa y, resuelto, me pregunta qué fue lo que pasó, que me deje de misterios y remilgos y que lo cuente todo de una puta vez. Los demás lo secundan y me apuran con muecas y groseros gestos de sus manos. Sonríó y narro que cuando aquel susodicho hombre llegó a su casa no encontró a su entrañable mujercita e, intrigado, le preguntó a la criada que dónde demonios estaba su adorada esposa, y aquella le larga que a su señora se la había llevado el señor inquisidor. Mis tres curiosos espectadores exclaman a la misma vez: «¡el inquisidor!», asombrados.

—Y no vean el susto que se pegó el pobre desgraciado que, en vez de salir a buscar a su mujer en las cárceles secretas o al menos preguntar por ella, tomó las de Villadiego.

—Es fácil suponer por qué —interviene uno de los jugadores.

—Pero he ahí el equívoco —agrego—. El hombre tendría sus razones para huir del Santo Oficio, de eso no cabe duda, pero solo al tiempo fue que se enteró, ya lejos, que su mujer había sido requerida por el inquisidor, aunque no para encerrarla en las cárceles secretas, si no en su lecho y allí estuvo retenida por años, sometida a intensos y crueles interrogatorios en su mullida cama —todos ríen.

—¿Y qué hizo cuando lo supo? —me pregunta otro de los eventuales fulleros.

—Rabiar y condolerse de sí mismo por lo mucho que pensó que sufría su pobre mujercita que imaginaba torturada... y mucho fue lo que se atormentó por haberla abandonado a su suerte... pero claro, por mucho furor que le produjera verse así burlado, jamás regresó a aquella ciudad para reclamarla, pues como podrán sospechar sus mercedes, no quería vérselas con el señor inquisidor.

—Y sus razones tendría —comentan los hombres.

—Sus razones tendría y alguna otra hembra encontraría que le consolara —concluyo—. A conejo ido, conejo venido.

Pedro Rodríguez prorrumpe con una penetrante y estridente risotada que es secundada por los demás y, quizás, por alguno que otro de los que andan husmeando en nuestro derredor para escuchar mi historia. Los otros aburridos viajeros, dispersos en el salón, observan y callan. Aun no se apagan nuestras risas, cuando vemos entrar al capitán cubierto por un deslucido chubasquero, que se saca prontamente de encima. Se escurre el agua del rostro y comenta en voz alta, áspera, que con este mal tiempo será imposible zarpar. Cuelga el impermeable de un clavo al lado de la entrada y, por la espalda, se le aproxima una mujer de rostro angustioso, llevando a un niño de la mano y oímos que le pregunta si acaso tendremos que pasar otra noche en este ínfimo hostel, en medio de esta yerma isla.

El propietario del hostel, hombre obeso y de malas pulgas, se acerca en ese momento al capitán y escucha el comentario de la mujer. Advertimos que se molesta y se encamina para inquirirle hoscamente que, si tanto le disgusta su posada, ya sabe lo que tiene que hacer. No espera respuesta y ya le está dando la espalda, cuando la mujer le aclara que su hostel no está mal y no se queja del lugar, aunque no disponga de suficientes habitaciones y camas para todo el pasaje, su disgusto es por la fatigosa y larga espera, pues con el día de hoy ya son dos los que llevamos de infructuosa e inútil demora y se siente agotada.

—No arriesgo mi barco hasta que el temporal amaine y se despejen los cielos —el capitán Conrado de Brier es firme en su decisión.

La mujer alza al niño en sus brazos y le susurra dulcemente: «vamos, hijo, que el capitán manda a dormir». El hostelero, al ver a la mujer abrazar al niño contra su pecho, me parece que se compadece y le dice que no se irá a dormir así, pues antes comerán algo de su puchero. El hostelero toma delicadamente a la mujer por un brazo y la conduce hasta la larga y tosca mesa ocupada por otros huéspedes a los que aparta bruscamente para hacerles sitio a ella y a sus otros dos hijos, que han dejado de jugar por ahí y vienen corriendo tras su madre.

A todas estas, hemos interrumpido brevemente nuestra partida, distraídos con el ajetreo. Un viejo, de lomo encorvado y andar renqueante, se aproxima al capitán y le suelta, con tono agrio y malhumorado, que a este paso llegará primero a su sepultura que a Tenerife. El capitán sonríe, le pide paciencia, y le explica que cuando los mares del norte dicen que no admiten a ningún navío en sus aguas, nadie puede contrariarlos, y sabe de lo que habla, porque se crió en estos fieros mares, entre Middelburg y Rotterdam, entre Lelystad y este puerto de Ámsterdam, y los ama, pero...

La explicación del capitán es estorbada y sofocada por las voces airadas que se alzan abruptamente desde nuestra mesa. Arrojo los naipes —por cierto, una partida miserable— y me incorporo bruscamente para encarar a Pedro Rodríguez. Le exijo que retire sus palabras y disculpe. Uno de los jugadores, tratando de mediar entre ambos, comenta que Pedro no estará hablando en serio.

—Lo dije en serio, y muy en serio —ratifica Pedro Rodríguez—. ¿Por qué no podría ser él ese marido que huyó del Santo Oficio?

El muy necio se refiere a mí. Cree, y así lo ha insinuado entre nosotros, sí, y deja entrever solapadamente que el marido del cuento soy yo. Entonces, me arrimo hasta adonde permanece sentado, serenamente, y le digo que eso no puede ser, porque jamás me he casado y, por lo demás, soy cristiano viejo y nada temo de la inquisición.

—No lo creo —porfía Pedro Rodríguez—. Se apellida Pereira y bien conozco a los Pereira de las Canarias que tienen fama de conversos.

—Pero no somos familia —sin embargo, no puedo contarle por qué, no puedo abundar en detalles y me muerdo la lengua.

—Antes me pareció escucharle que era pariente de aquellos —interviene otro de los jugadores, algo mayor que los demás y de triste mirada.

—Claro que lo dijo, y hasta presumió de ser hijo de uno de esos acaudalados almorjafes, para más señas, uno llamado Tomás Pereira. ¿Acaso no dices llamarte Juan Pereira? —pregunta Pedro Rodríguez.

Molesto —¡qué digo!—, más que molesto, indignado le espeto a la cara, rotunda y firmemente, que nadie en mi familia ha sido o es converso. Pedro Rodríguez, repantigado en su silla, me replica que no ha insinuado que el cornudo de mi historia fuera yo, si no alguno de los Pereira que andan huidos de doña inquisición, pues mucho debía temer, al extremo de abandonar casa y mujer. Capto por el rabillo del ojo que los otros dos jugadores se sonríen y que algunos curiosos se han acercado a la mesa para asistir, expectantes, a nuestra disputa.

—Ten cuidado, Pedro, con lo que dices, pues también se sabe algo de un tío tuyo, capitán de navío, para más señas, que con frecuencia viaja a las Canarias —le advierto.

—Viajar a las Canarias no es delito, y menos si somos nacidos en aquellas islas —responde Pedro Rodríguez.

—Pero el caso es que algún antepasado de ese tío tuyo, no muy lejano, se las vio con quien tú llamas doña inquisición y no salió muy bien parado, si mal no recuerdo, hasta reconciliado fue.

—¿Me estás llamando judío? —furioso, Pedro Rodríguez pierde su serena compostura.

—Eso se contaba en La Laguna, que como en cualquier villa, se sabe la vida y obra de todos los vecinos.

—Por eso mismo, que siendo de La Laguna, también se sabe de cierto que los Pereira son hebreos huidos de Portugal —arre-

mete contra mí, ya descaradamente—. ¿O lo niegas? —lo que me resulta imposible negar es mi enfado. Aprieto los puños y repito, gritando, que:

—Yo no soy de esos... de esos... no soy... no soy de esos...

Pero, inesperadamente, titubeo y me arrepiento. Sé que se han dado cuenta. Sí. Pedro y los demás se han percatado. Respiro hondo y, forzando una sonrisa, le digo a mi contendiente que el ladrón siempre juzga al otro por su condición y de sobra se sabe que no hay mejor defensa que un ataque a tiempo. Entonces, ahora es Pedro Rodríguez quien no puede contenerse y se levanta furibundo. Creo que lo he conseguido. He logrado sacarlo de quicio.

Uno de nuestros compañeros de juego se alarma ante la gravedad que adquiere la porfía y nos pide que guardemos la compostura, que nos sosegemos, pues en verdad lo estábamos pasando bien, y mejor haríamos en sentarnos para retomar la partida, pues no merece enfadarnos por algo tan confuso y... Decidido, volteo hacia el hombre y le expreso que no pienso sentarme en la misma mesa con alguien que, tan fortuitamente, me ha ofendido en mi honor.

—Decir la verdad no es ofender —asegura Pedro Rodríguez.

—Por Dios, calma. Vamos a continuar la partida, que aún queda mucha noche por delante —de nuevo interviene el mismo hombre.

—Pues tendré tiempo para demostrar quién es judío aquí y quién no —me atrevo a lanzarle tal reto a Pedro Rodríguez, que ni se inmuta.

Me giro vertiginosamente hacia el capitán, quien ha presenciado la escena a prudente distancia y en silencio, para preguntarle si acaso sabe o intuye cuándo estima que podamos partir. El capitán se toma su tiempo, y me contesta, contemplándome fijamente, que salvo que ocurra un milagro, no cree que aún mañana podamos zarpar. En resumen: al menos un día más varados. Sin pensármelo dos veces, me encamino decidido y con rostro serio, hacia la puerta de salida y le comento al capitán, al pasar a su lado, que tendré

tiempo suficiente para ir y volver de Ámsterdam con los documentos que probarán quién es quién. Pedro Rodríguez regresa a su asiento y, tranquilamente, me dice que quien no la debe no la teme, y añade:

—No me hace falta probar ni defenderme de nada, en cambio tú...

—¡En cambio nada! —le interrumpo—. A mi vuelta veremos quién de los dos tiene sangre hebrea —Me detengo en la puerta para, con una mueca hostil y arrogante, ratificar mi reto, mi desafío.

El capitán me aconseja que no me demore, y me recuerda que mis efectos están a bordo y en caso de partir... Abro la puerta y no atiendo nada más, una ráfaga de lluvia me empapa casi por completo, pero aun así mantengo mi entereza y me insufla aliento, convencido de que no perderé el barco, seguro que regresaré a tiempo con las pruebas necesarias para humillar a Pedro Rodríguez y obligarle a que se disculpe conmigo, en público, ante los mismos testigos. Arriesgo, sé que arriesgo, Ámsterdam no está al lado de Texel o Teyer o como se diga, lo sé, y debo darme prisa. Sin más, salgo de una vez por todas, apresurado. Siento, a mis espaldas, que alguien corre a cerrar la puerta. *Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio ut non pereamus in tremendo iudicio*¹.

Pedro Rodríguez, indolente, se reclina despaciosamente en el respaldar de su asiento que rechina. Sonríe y toma el manojito de cartas que comienza a barajar morosamente. Se sabe observado y, luego de una breve y medida pausa, pregunta amablemente a sus compañeros de mesa:

—¿Seguimos con la partida o no?

Uno de ellos, que ha permanecido casi todo el tiempo cautelosamente callado, se dirige al capitán y lo invita unirse al grupo. Necesitan de un cuarto jugador. El más joven respalda la invita-

1. Oh, San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla para que no perezcamos en el tremendo juicio.

ción y agrega, zalamero, que para ellos sería un honor. Luego de pensárselo un rato, Conrado de Brier asiente y avanza lentamente hacia la mesa.

—Les adelanto, señores, que no soy buen jugador —previene el capitán, en tono grave.

—Ninguno de nosotros lo somos, simplemente nos divertimos como podemos —apunta Pedro Rodríguez—. Aunque algunos no lo vean así.

Y de inmediato, Pedro Rodríguez reparte hábilmente las cartas y se entregan al juego. La tensión que se produjo durante la disputa se va disipando y los hastiados viajeros retornan a sus anteriores actitudes, impregnadas por el cansancio y la hartura de la espera incierta. El hostelero, ayudado por sus hijos y algunos mozos, reparte cascadas escudillas y nada demoran en llevar a cada mesa una olla con el puchero hirviendo y grasoso. De repente, en el sombrío y friolento local, se despierta una comedida animación de voces y risas de hambrientos comensales que devoran ansiosos la magra cena.

La mañana siguiente transcurre como una obstinada copia del día anterior: la borrasca persiste sin visos de amainar y el cansancio y aburrimiento embarga empecinadamente a los desalentados pasajeros del Espíritu Santo y la Cruz.

Pero, inesperadamente, pasado el mediodía, los imprevistos huéspedes más próximos a las trémulas ventanas notan algo extraño: ha dejado de colarse el agua por las hendidias y las hojas de pesada madera cesan de estremecerse por el viento. Alguien se asoma tímidamente y repara que, imperceptiblemente, la lluvia comienza a remitir y alguien más distingue a un joven grumete que atraviesa a todo correr la arenosa explanada frente a la rada y dirige sus pasos enérgicamente hacia el hostel, donde entra precipitadamente. Al poco rato, se asoma a la puerta acompañado por el capitán Conra-

do de Brier, que escruta, incrédulo, el cielo y exclama, asombrado:

—¡Quién lo hubiera dicho! Así, de pronto... en un santiamén todo puede cambiar.

—Será un milagro —comenta, humildemente, el grumete.

—Si Dios nos sonrío, debemos aprovechar su bondad para zarpapar. Grumete, dígame al contra maestre y al piloto que pronto estaré a bordo. Dígame que vayan adelantando los preparativos —ordena—. Me quedaré para avisar y aprestar al pasaje.

El grumete se despide formalmente y se aleja con pasos presurosos, vigorosos, hacia el embarcadero de Oudeschild. El capitán, asomado a la entrada, espera que desaparezca y estira sus brazos, des-perezándose de la profunda siesta a la que se entregó plácidamente después de almuerzo. Todavía siente el cuerpo pesado y un ácido regusto en el paladar. Voltea hacia el interior del hostel y colocando ambas manos en torno a sus labios, para hacer una bocina, grita:

—¡Eh, los de adentro, pasajeros del Espíritu Santo y la Cruz! ¡Escúchenme todos! ¡Les habla el capitán!

Y Conrado de Brier no se mueve de donde está, apenas se hace a un lado y apoya su espalda en la húmeda pared encalada. Poco a poco, tímidamente, algunos hombres y mujeres empiezan a desentumecerse y se incorporan lenta, pesadamente de sus duros asientos, con sus fatigados semblantes virados hacia capitán, quien les anuncia que deben apresurarse a buscar sus equipajes y llevarlos de inmediato al barco, pues el Espíritu Santo y la Cruz partirá cuanto antes. Un confuso murmullo jubiloso recorre el salón. Algunas mujeres dan gracias a Dios y se santiguan repetidamente.

—Sí, demos gracias a Dios que se lleva la tempestad lejos de aquí —comenta Conrado de Brier.

—Entonces, ¿es seguro? —pregunta un hombre, algo mayor.

—La mar está serena y soplan plácidos los alisios —asegura, de buen humor, el capitán—. El mar de Frisia se muestra benigno con nosotros.

Los pasajeros comienzan a fluir hacia el exterior y, cuando salen, miran recelosos al cielo y comprueban que la lluvia ha cesado,

aunque se mantienen unas densas nubes grisáceas en lo alto, entonces los rostros mustios, ajados, al fin muestran tímidos indicios de alborozo. El capitán sale y repara en los pasajeros cargados con pesados fardos, cofres y cajas que desfilan animosos hacia el embarcadero. Uno de ellos se detiene y, repentinamente a mitad de trayecto, se devuelve sobre sus mismos pasos hasta llegar a la puerta del hostel.

—Aún no ha regresado nuestro amigo Juan Pereira —le dice al capitán.

Justamente en ese momento asoma Pedro Rodríguez y alcanza a oír el comentario del joven. Sonriente, opina que no tendrían que esperar por alguien tan imprudente. Conrado de Brier tuerce los labios en una extraña mueca y afirma que no esperará por él ni por nadie, y sinceramente lo lamenta, pero no puede hacer nada, deben aprovechar la oportunidad que les ofrece el tiempo. Le fastidia haber consentido que aquel insensato marchara para Ámsterdam. ¡Pero quién podía imaginar que todo cambiaría tan súbitamente!

—Quizás llega antes que terminemos de embarcar —apunta el joven.

—Ojalá —musita el capitán—. Entretanto, arreglaré cuentas con el posadero.

Pedro Rodríguez se hace a un lado y lo deja pasar. Alto y rollizo, el viejo capitán se dirige con pasos resueltos hacia el fondo del hostel, pero no escucha las palabras que Pedro Rodríguez farfulla al pasar, recalcando que Juan Pereira no ha debido alejarse de allí y mucho menos movido por tan perverso e inútil propósito. El joven, que le oye sin mucho interés, se alza de hombros y se aleja con un trote ligero llevando su cofre sobre un hombro.

Entonces, aparece rezagado y con una turbia resaca encima, uno de los jugadores. Pedro Rodríguez lo exhorta a marchar juntos y avanzan dificultosamente por la húmeda arena hacia donde aguardan las pequeñas barcas varadas en la orilla de manso oleaje y, fraternal, le coloca un brazo por la espalda.

—Vamos, que nos espera un largo viaje. ¿Lleva a mano los naipes? —inquire.

El hombre, con ojos vidriosos, le muestra el juego de barajas. Pedro Rodríguez hace un mohín cómplice y augura que a bordo tendrán tiempo de sobra para jugarse hasta el alma. Ambos se unen a un grupo de pasajeros que transita, agitado, por la enlodada y sucia orilla, llena de charcos, basura y despojos que se acumulan a lo ancho y largo del turbio embarcadero, arrastrados por las lluvias. Por la extensa y desnuda franja costera distinguen un enmarañado bosque de mástiles de rucas, filobotes, polacras, galeras, fragatas y embarcaciones menores fondeadas para guarecerse del temporal y en cuyas cubiertas comienza a agitarse la marinería ocupándose de los aparejos o ascendiendo por las jarcias hacia los masteleros y vergas para acondicionar las velas o recorriendo con agilidad felina los bauprés... todo es movimiento, ajetreo y bullicio en Oudeschild y, a los lejos, se ven los primeros navíos que se enrumban hacia mar abierto bordeando la amplia rada de Texel.

Casi al mismo tiempo que el ansioso y fatigado pasaje sube a las barcazas que parten de la playa hacia donde el Espíritu Santo y la Cruz, fondeado a lo lejos, se mece suavemente, Juan Pereira se sienta calmosamente a la mesa del sobrio y estrecho comedor en casa del mercader Francisco de Medina Cobo. Su camisa y calzones están húmedos, más bien casi enchumbados, y le incomoda, pero así y todo come con ganas, acompañado por el dueño de casa y su esposa, Manuela. Sus amables anfitriones no lo secundan, ambos han almorzado hace rato y la visita de su insospechado pariente, los ha tomado por sorpresa. El impensado huésped explica que, con las prisas, no ha comido prácticamente nada desde ayer al mediodía. Al llegar a Den Helder se vio obligado a esperar por el coche de posta que partía para Ámsterdam, y en la ciudad empleó el resto del tiempo apurando inútilmente sus diligencias en oficinas

y archivos, pero se le vino la noche encima sin obtener resultados y tuvo que pernoctar en la primera posada que encontró, un antro de mala muerte que no ofrecía nada de comer, pero estaba cerca de todo. Así que no le quedó más remedio quedarse en Ámsterdam y emplear la mañana buscando unos importantes documentos... y claro, no podía desaprovechar la oportunidad para visitar a su entrañable y hospitalario pariente, aunque fuera de pasada. Se acordaba más o menos de la dirección de la casa y, al finalizar las vueltas entre despacho y despacho se fue acercando imperceptiblemente. De hecho, al terminar sus diligencias se encontraba a un par de calles más allá de Waterlooplein.

Ámsterdam, 1652

Y aquí estamos. Ciertamente tengo un hambre atroz, diría que terrible, y me crujen las tripas y me siento incómodo con estos trapos mojados, pegados a mi piel, enfriándome el cuerpo. Después, si puedo, me los saco de encima a ver si se secan, aunque sea un poco, antes de regresar. Y descansar, descansar un rato. No dormí nada bien en aquel pestilente tugurio y, para colmo de males, no tenía ni una triste moneda para hacerme siquiera con un trozo de pan. Aguanto mejor el frío que el hambre, así que primero lo primero y esto huele bien, muy bien. Pescado. Bacalao. No tiene desperdicio. Y qué buenas estaban las garbanzas. Como se hacen allá. La misma sazón. ¡Y qué decir del bacalao! Bacalao y pan. Suficiente para mi hambre. Me miran. Creo que ella es más perspicaz que él. Ocupo la cabecera de la mesa y he dejado en el otro extremo los pocos documentos que logré reunir.

—Sí, hombre, ya nos contó, y le repito que no necesita darnos ninguna explicación —Francisco de Medina trata de ser cordial.

—Pero tenía mucha hambre, primo —agrego, como tratando de disculparme.

Por el rabillo del ojo, sin alzar la cabeza del plato, veo que Manuela se incorpora para entreabrir la cortina y asomarse a examinar el cielo. La ventana es amplia, de lípidos cristales. Voltea hacia su esposo y enuncia, risueña, que ha escampado. Abre de par en par la cortina de ajada tela verde y deja que la luz inunde la estancia de oscuras maderas y altas paredes. Sin embargo, yo no creo que la borrasca se haya disipado del todo.

—Aún está algo nuboso, pero son nubes altas —advierte, o mejor, precisa Manuela.

—Termino de comer, descanso un rato, y si puedo, regreso de inmediato al puerto —les propongo.

—¿Cree que es buena idea quedarse a descansar? —me pregunta Manuela.

—Si no supiera que me estiman, diría que quieren deshacerse de mí —bromeo, pero no les causa ninguna gracia. Ni un escorzo de sonrisa.

Finalmente interviene Francisco de Medina y le dice a su esposa que deben dejar a su reciente primo —es decir, yo— hacer lo que me apetezca, que me sienta como en mi propia casa. Manuela se disculpa conmigo y aclara que lo decía para evitar que pierda el barco. Les conté que llevamos tres días de retraso, sin poder zarpar. El mar que se avista desde Texel —oí que también mientan Teyer aquel puerto— es espantoso, hendido por inmensas y virulentas olas. El mar de las Frisias, que buena fama tiene de bravío, bien que lo conozco yo en su fiereza. Sin dejar de comer, masticando un suculento taco de carne blanca, les relato que no paré durante toda la mañana de andar de despacho en despacho, buscando esos benditos documentos. Francisco de Medina se levanta, coloca la silla otra vez en su lugar y apoya sus manos en el respaldo:

—Por cierto... no sé cómo decírselo... —se interrumpe, y me percató que Francisco de Medina, titubeante, no sabe cómo avanzar, algo embarazado.

—Vamos, Francisco, que hay suficiente confianza entre nosotros —lo animo a proseguir.

—Bueno... sí... no se crea...es que apenas hace unos meses, pocos, que supimos de su existencia.

—Como decir ayer... ¿Quiere algo más de comer? —me pregunta Manuela.

—No, así está bien, es suficiente. Gracias.

Manuela avisa que se retira para que podamos hablar con más libertad, entre hombres. Hace un mohín para despedirse de su es-

poso y de mí, su incómodo huésped, y sin más se adentra por un estrecho pasillo que se pierde de vista al fondo de la casa. Los pasos de Manuela resuenan en el piso de baldosas blancas y negras en forma de damero. Espero que se apaguen sus pisadas para pedirle a Francisco de Medina, a quien insisto en llamarle primo, estimado primo, que suelte todo lo que quiera y tenga que decirme.

—Verás, Juan, yo he estado pensando... reflexionando, y no me parece buena idea que revuelvas esos documentos contra Pedro Rodríguez y su familia.

Termino de comer, empujo la silla hacia atrás y me limpio los labios con el borde del blanco mantel. Se me escapa un leve regüeldo y, con semblante austero, le respondo a mi anfitrión que no puedo complacerlo, pues Pedro Rodríguez me ha ofendido... pero rectifico de inmediato y agrego que la ofensa no solamente me afecta a mí, sino a todos nosotros, en otras palabras, semejante insulto e injuria abarca a toda la familia. Y lo peor, que nos puede perjudicar de cara a... ya sabe. Espero los efectos de mis palabras, pero veo que Francisco de Medina se alza de hombros e insiste, gentilmente, que él no le daría tanta importancia a ese episodio. Ahora, para enfatizar, me levanto de la silla y le reitero, rotundamente, que Pedro Rodríguez nos acusa de algo grave.

—No le hagamos caso, que no pasará de una chanza de taberna.

—Demostraré que ellos sí lo son, y no nosotros, que somos cristianos viejos.

No sé qué pasa. Me extraña su reacción o, mejor dicho, su no reacción. Francisco de Medina no dice nada y se limita a hojear los folios que reposan en un extremo de la mesa. Me acerco y lo observo con expectación. Al terminar de revisar los primeros folios, se voltea hacia mí y me pregunta si acaso encontré algo relevante. No le respondo de inmediato. *Non semper ea sunt quae videntur.*² Me tomo mi tiempo y voy hasta donde dejé la copa de vino y me sirvo algo más de tinto de una delicada jarra.

2. No siempre las cosas son lo que parecen.

—No fue nada fácil, pero algo sí encontré de su tío —respondo al rato, y no sé si notaría que no estoy muy satisfecho o convencido.

—Con ese mismo capitán, varios de nosotros tenemos tratos para comerciar con las Canarias —me comenta y continúa echando un vistazo, con cierto abandono, a los papeles.

—El problema es con Pedro, nada tengo contra su tío.

—Cuando se hurga en esa materia, se termina salpicando a más de uno —Francisco de Medina se detiene, bruscamente, en unos folios que yo había dejado intencionalmente de último, debajo de todo el magro legajo—. ¿Y esto? ¿Qué es esto? ¿Por qué llevas esto de Tomás y Diego? ¿Qué haces con esto de tu tío y tu padre?

Me abalanzo torpemente para arrebatárle los folios y tropezco con mi copa de vino que se derrama, mojando algunos de los papeles que reposan sobre la mesa, al tiempo que le grito «¡Eso no! ¡Deme acá!» y le arrebató los folios de las manos a mi anfitrión, quien no opone ninguna resistencia. No quiero que vea esos documentos. Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Yo de reojo, él de frente. Trato de serenarme, o al menos aparentar estar más relajado, y explico que mi padre me pidió que buscara unos documentos y que, tonto de mí, me había olvidado. Soy muy descuidado, más bien despistado, me excuso.

Pero en medio de semejante follón, montado por mí mismo, no me doy cuenta de los otros folios que se han empapado con el vino. Dejo repentinamente a un lado los que sostengo en mis manos para alzar precipitadamente los que permanecían sobre la mesa, justamente por los que vine a la ciudad, y trato de escurrirles el vino y secarlos con un borde del mantel, delicadamente, procurando no romperlos ni que se diluyan las letras. ¡Qué desastre!

—¡Me cago en la madre! —exclamo.

Atónito, Francisco de Medina se aparta de la mesa y se disculpa conmigo, pero no tiene la más mínima intención de ayudarme. Me recomienda que descanse, ya su esposa me indicó, al llegar, la habitación que ha dispuesto para mí.

—Ahora no puedo, debo evitar que el vino desvanezca las palabras.

—Hay palabras que merecen desaparecer arrasadas por el vino...

En la misma dirección por la que salió su esposa, Francisco de Medina comienza a alejarse por el pasillo que da hacia las habitaciones en la planta de arriba. Me dice, amablemente, que se encuentra algo fatigado y se excusa conmigo. Entre dientes y para mis adentros, lo llamo «perro judío», porque de sobra sé que es un «perro judío», y continuó afanosamente secando con una punta del mantel las manchas de vino que recorren los folios. Un astuto perro judío. Temo que comience a desconfiar. Entonces, advierto que el vino continúa mezclándose con la tinta y las palabras se convierten en lamparones indescifrables. ¡Maldita sea!